

LA EFIMERA PRIMAVERA DE PRAGA

Cuando, hablando de la necesidad de desarrollar las culturas nacionales, el dictador Stalin decía que «había que darles la posibilidad de desplegar todas sus potencias, a fin de que pudieran crear los supuestos de su fusión en una cultura común», no estaba pensando seguramente en el caso de resistencia de las naciones a las fusiones impuestas por la fuerza de los tanques, como es el reciente caso de Checoslovaquia.

Sin embargo, todos los dirigentes soviéticos, sin excepción, han visto con claridad el problema de la integración de los países en un solo bloque, y no sólo lo han visto, sino que han procurado crear los instrumentos políticos y jurídicos, así como económicos, que pudieran facilitar esa fusión. El éxito ha sido escaso, porque lo político se desvirtúa cuando falta la libertad, como lo económico cuando no existe el interés, e igualmente lo jurídico, cuando los contratos y los acuerdos no son entre partes tan libres como iguales.

El cinturón de países satélites de que se vio rodeada Rusia al término de la Segunda Guerra Mundial ofrecía un ejemplo apetecible para poner en práctica las tesis de la universalidad comunista, y a la vez para colmar antiguas ambiciones geopolíticas del Imperio ruso de acercarse y dominar en el corazón de Europa.

Estos países satélites no fueron constituidos repúblicas absolutamente incorporadas, porque no se ignoraba el valor de los nacionalismos consolidados de estos países de la Europa del Este.

El Pacto de Varsovia ha sido el intento militar de predominio y control de las fuerzas militares rusas sobre las de los otros países del bloque soviético. Esto mismo puede decirse, *mutatis mutandis*, del C. O. M. E. C. O. N., es decir, del Pacto de Mutua Ayuda Económica, en el terreno económico, que también ha intentado sobre una base jurídica dominar y dirigir, más en beneficio propio, las economías de los países miembros.

Tanto el Pacto de Varsovia como el C. O. M. E. C. O. N. tenían por misión vigilar y aumentar la influencia del Estado paternalista, cosa nada difícil de lograr, porque todo operaba en el marco del partido comunista, que ya procuraba, eligiendo a sus hombres adictos, la sumisión a Moscú.

Invocar el Pacto de Varsovia para justificar la intervención armada en Checoslovaquia no tiene ningún sentido, ya que en el instrumento jurídico que dio origen a dicho Pacto no se encuentra ni un solo artículo que pueda salvar el acto cometido por los rusos. Así, el artículo primero dice que:

«Las partes contratantes se comprometen, en conformidad con la Carta de las Naciones Unidas, a abstenerse en sus relaciones internacionales de emplear la violencia o de aplicarla para resolver sus conflictos internacionales, haciéndolo por medios pacíficos, de manera que no puedan amenazar la paz y la seguridad internacional.»

Y el artículo 8:

«Las partes contratantes declaran que están animadas de un espíritu de amistad y colaboración en su objetivo de desarrollar y consolidar los lazos culturales y económicos existentes entre ellas, de conformidad con los principios de respeto mutuo de su independencia, y de su soberanía, así como la no injerencia en sus asuntos internos.»

Vemos cómo el instrumento militar en manos de Rusia para conseguir la fusión ha quedado malparado en cuanto a su aplicación en la práctica, y una vez más que lo convenido internacionalmente es, a la hora de la verdad, letra muerta. Del C. O. M. E. C. O. N. puede decirse que no parece mucho más válido, ya que no ha llegado a poseer nunca un poder supranacional, con el cual pudiera imponer su autoridad; y así, ha fallado en sus intentos de hacer que los países miembros se especializaran en diferentes ramas de la producción, como claramente se ha visto en el caso de Rumania y en la crisis originada con este país en el año 1962. Además, el C. O. M. E. C. O. N. ya se ha dicho repetidas veces que no proporcionaba a todos los países las mismas satisfacciones y el mismo trato económico. Un ejemplo es el suministro eléctrico, que conecta Hungría, Checoslovaquia y Rumania, por una parte; y por otra, los territorios occidentales de la U. R. S. S., pero radicando el centro del sistema en la Unión Soviética. Otro lo proporciona el petróleo, que afluye en oleoductos desde la Unión Soviética a la Alemania Democrática, Polonia, Checoslovaquia y Hungría, originando mayor consumo de estos

productos una mayor dependencia; es decir, Rusia controla las materias primas más importantes y sobre todo las divisas, con lo cual elimina muchas posibilidades de estos países para comerciar con los países occidentales.

En el caso concreto de Checoslovaquia, el reformista económico Siks, del Instituto económico de Praga, vicepresidente de la Asamblea y uno de los miembros más destacados del equipo de Dubcek, eligió un tercer camino entre capitalismo y marxismo, es decir, abolición de la propiedad privada y de la propiedad de los medios de producción, mezclada con ideas de competencia capitalista. Las empresas debían buscar mercados propios para la exportación y tener libertad de producir bienes y artículos, así como para fijar el precio de los mismos. Checoslovaquia tenía unos mercados tradicionales en el Este, de los cuales hoy día recibiría una buena cantidad de divisas. Sin embargo, su economía dirigida, su dependencia del bloque hacen que el 70 por 100 de sus exportaciones vayan a los países del bloque por no ser aptos para la exportación a Occidente. Para recuperar estos mercados tienen que modernizar sus sistemas de producción, para lo cual, según Siks, precisan muchos millones de dólares en divisas, puesto que los equipos necesarios los producen los países occidentales; y, por otra parte, los rusos no pagan su deuda comercial siempre en los bienes de inversión que precisa Checoslovaquia, sino en los que precisa la economía conjunta del bloque.

El mundo satélite hace mucho tiempo que ha empezado a moverse siguiendo sus propias ideas y que ha empezado a sentir opresiva la paternalista dirección del Kremlin. Uno de los primeros aldabonazos en la mansión de la liberalización lo dio Hungría, pagando por él un alto precio de sangre; la primicia, sin embargo, correspondió a Yugoslavia, que en los tiempos de Stalin sacudió el manto proteccionista ruso y vivió su propia vida política, que fue atraída de nuevo por Jruschov a la mesa de la amistad, y que actualmente vuelve a tener dificultades con Rusia; no hay que olvidar el caso de Albania, optando por el bando chino, cuya pertenencia al Pacto de Varsovia era ya nominal. El caso de Rumania fue debido, como se ha dicho, a los deseos de Rumania de querer vivir sus propias experiencias económicas y sus pretensiones a reivindicar la Bosnia Bukovina y Besarabia. A medida que surgían las nuevas generaciones en cada país, se hacía más y más patente el deseo de los dirigentes de tecnificar la dirección del país, de liberarse de la dictadura de partido y de planificar, economizar, comerciar y administrar no en base a teorías y conjeturas abstractas, sino de cara a las realidades nacionales—y personales—de la época.

Estos movimientos de liberalización, además del impulso que les prestó la polémica con China, estaban respaldados por las opiniones de algunos comunistas preclaros.

Tal es el caso de Palmiro Togliatti, muerto en 1964, en cuyo testamento advertía de la necesidad de superar el régimen de restricción y opresión sobre la libertad personal y democrática, propios de la época de Stalin, así como la exigencia de luchar por la libertad de la vida actual, de la creación artística y del progreso científico.

El bloque soviético ha estado todo él viciado en su base y su sistema de alianza ha tenido que apoyarse en tesis más o menos profusas y difusas de un internacionalismo proletario. Todo ese mundo satélite europeo está hecho sobre unas relaciones personales históricamente inéditas y probablemente únicas.

Los herederos de Stalin han pretendido conservarlas después de su muerte. Cuando Malenkov y sus partidarios tuvieron que forzar el encauzamiento del poder en Hungría; y cuando Dimitrov, el célebre veterano del movimiento obrero internacional, no se inclinó ante la autoridad de Stalin, los dueños del Kremlin no pudieron encontrar nunca un instrumento jurídico que paliara estas situaciones. Esto ha ocurrido en Checoslovaquia, donde, desaparecido el hombre fiel, Novotny, del poder, el que supo sobrevivir a la desestalinización, los rusos han encontrado un sucesor mucho menos adicto, al que han intentado sustituir por todos los medios a su alcance.

Los rusos han visto en la Primavera de Praga no sólo una repetición o continuación de aquellos sucesos que comenzaron con la separación de Tito, en 1948, que pasaron por el caos de Hungría y que culminaron con la secesión de Rumania en 1962. Los reformistas checoslovacos no buscaron, como Tito o Ceaunescu, principalmente, su propio camino socialista, sino que este pueblo, probablemente el más culto, el más civilizado y el más maduro políticamente de toda la Europa Oriental, exigía un nuevo comunismo, ya acuñado con el nombre de comunismo democrático. En realidad, dado el sesgo que iban tomando las cosas, casi podemos concluir que Checoslovaquia no sólo iba cada vez más lejos del bloque soviético, sino del comunismo en sí, tal como hasta ahora se ha concebido al menos, antes bien se iba acercando a un socialismo nacionalista del tipo de los conocidos en algunos países europeos. Esto era demasiado importante. Esto afectaba al prestigio ruso, al sistema defensivo ruso, a la economía rusa, a la influencia rusa; esto era, a decir verdad, el fin de la hegemonía psicológica rusa no sólo en la Europa

Oriental, sino en todo el mundo; aún más, esto era un ejemplo que podían seguir otros países satélites, otras repúblicas de la U. R. S. S.; era, en fin, un fenómeno cuyas repercusiones no podían ni preverse; de ahí que los hombres del Kremlin hayan, optando por el mal menor, elegido una solución tan poco diplomática.

A principios de abril, el Comité Central del Partido Comunista de Praga establecía el siguiente programa de acción:

- El socialismo tiene que procurar, más que cualquier democracia burguesa, dar valor a la personalidad del individuo.
- Es necesario garantizar la libre manifestación del pensamiento, y también del pensamiento de los intereses minoritarios y de las opiniones.
- Suprimir la censura de la creación artística.
- Construir una nueva y mejor sociedad democrática, de base duradera. Esto no se puede hacer siguiendo los viejos caminos ni empleando medios que han sobrevivido gracias a métodos brutales que no han hecho sino «retrasarnos continuamente».

A principios de abril manifestaba Dubcek:

«Los comunistas jugarán un papel de dirección en la medida en que ellos lo ganen y lo conserven en condiciones democráticas. La autoridad no se concederá de una vez para siempre, sino que tiene que ser renovada continuamente.»

El escritor y filósofo checoslovaco Jiri Hanák, escribía en *Reporter*, órgano de la Unión de Periodistas:

«...En el caso de que la mayoría de la población ya no desee el partido comunista, ¿hay que mantener, pese a todo, que toda revolución es inviolable, que todo país que ha elegido una vez el comunismo debe permanecer siempre comunista? Esto es una idea absurda.»

«Si en una pequeña ciudad hay dos pasteleros que hacen helados, se preferirá al que los haga mejor y más baratos... Hasta ahora nadie ha podido convencerme de que esta sencilla regla no es también aplicable en política.»

Otro intelectual de gran prestigio en la vanguardia de la Revolución primaveral de Praga, Václav Havel, manifestó:

«Por democracia se puede hablar sólo en un régimen donde el pueblo tiene la posibilidad de decidir quién debe gobernar.»

Otra opinión, ahora del filósofo marxista Ivan Svitak:

«Si se nos pregunta de dónde, a dónde y con quién, contestaremos: "De la dictadura totalitaria, a la sociedad abierta; de la liquidación del poder monolítico, a un control efectivo sobre el poder, a través de una prensa libre y de una opinión pública. Acompañados del movimiento proletario, pero sin su aparato; con la clase media y sin colaboradores solícitos, y con la 'intelligentsia' a la cabeza".»

Junto a estos nombres nacionales, la revolución de Praga manejaba otras premisas ideológicas, como las del ya mencionado Togliatti, Milovan Djilas y el austriaco Fischer.

Este último dijo en una ocasión reciente:

«El marxismo ha estado mucho tiempo deformado. De una filosofía activa ha llegado a ser una religión muerta.»

Y conocida es la opinión de Djilas sobre la marcha de los sistemas hacia una síntesis ideológica:

«Vivimos en un mundo que se inclina a la unificación. Las diferentes ideologías y sistemas caminan hacia sus respectivos encuentros. El socialismo se liberaliza; el capitalismo se socializa. Este es uno de los fenómenos elementales de nuestro tiempo.»

Basta, pues, de citar opiniones y demos por probado que el ambiente intelectual ideológico de estudiantes, periodistas e intelectuales era muy poco propicio al comunismo clásico y que se inclinaban hacia una igualdad social dentro de las líneas de libertad democrática; su pretensión confirma la teoría de Djilas, ya sostenida en la sociología hace mucho tiempo por Sorokin, y

LA EFÍMERA PRIMAVERA DE PRAGA

aproximándose a los países occidentales, que tratan también de eliminar las desigualdades sociales lo más posible, pero dentro de la democracia.

Ahora bien, la Primavera de Praga no ha sido exclusivamente ideológica. No ha florecido sólo la ideología, sino que las medidas de distensión, tales como la publicación del nuevo programa político del Gobierno, la supresión de la censura para los medios informativos y el anuncio de que Praga solicitaría ayuda del Banco Mundial y de Francia, Suiza, Bélgica, Austria e Italia, han ido acompañada de una serie de suicidios de los antiguos estalinistas, representantes de la época del terror. Aunque la revista *Reporter* habla de veinte y otras cifras llegan a más de cien, oficialmente se han reconocido seis:

- Vladimir Janko, general de División acorazada.
- Bedrich Pokorny, del Servicio de Seguridad.
- Josef Brestansky, vicepresidente del Tribunal Supremo de Justicia.
- Jaroslav Holub, director de una fábrica de maquinaria.
- Josef Sommer, médico de la prisión Ruzyne.
- Jiri Pocepicky, jefe de la Sección de Investigación de la Policía.

Todos ellos conocidos estalinistas, complicados en asuntos poco claros, como el famoso proceso contra el secretario del Partido, Elansky, que terminó con once penas de muerte en tiempos de Stalin.

Que hayan sido suicidios reales, es decir, voluntarios o no, es algo que probablemente no se sepa nunca. La venganza no está ausente de las oportunidades políticas y en virtud de ello es necesario considerar que, desde 1948 a 1967, 160 hombres fueron en Checoslovaquia a la horca por motivos políticos, cifra la más alta de todos los países de la Europa Oriental; 130.000 checoslovacos fueron condenados a penas de cárcel, siendo 30.000 de ellos miembros del partido comunista; en total, casi un millón sufrieron el terror estaliniano y postestaliniano.

El angustioso verano que ha seguido a esta Primavera es bien conocido. Los rusos agotaron la estrecha vía diplomática en Dresden, a finales de marzo, donde se celebró una reunión a la que no fueron invitados ni yugoslavos ni rumanos, y en la que se acusó a Dubcek de poner en peligro la seguridad de la República Democrática Alemana, de sabotear el Pacto de Varsovia y de laborar contra la unidad del campo socialista. Así lo reflejaba *Izvestia* en un editorial, por aquellos días:

«Nuestros enemigos de clase claman a voz en grito por la liberalización de la vida política en los países socialistas, pensando que esa libertad y democracia les van a preservar de las fuerzas contrarrevolucionarias, y sin apreciar que al final esto puede llevar a la liquidación del sistema socialista.»

A últimos de julio tienen lugar las conversaciones de Cierna, en las que ni rusos ni checoslovacos llegan a resultados positivos. Hay indicios de que en estas conversaciones los rusos amenazaron a los checos con hacer de Eslovaquia una república integrada en la U. R. S. S. y de Moravia y Bohemia regiones autónomas. De aquí que uno de los acuerdos de la Conferencia de Moscú sea la promesa rusa de «rechazar las pretensiones» de Eslovaquia de integrarse como república independiente en la U. R. S. S. Léase la promesa de no llevar a cabo la amenaza hecha a Dubcek y a Svoboda.

Ver el «affaire» checoslovaco a la luz de la política internacional puede ser aleccionador. El general Paul Stehlen, en *Le Monde* de 3 de septiembre, se pregunta si todo está comprendido en el programa de la política de bloques. La división del mundo en dos grandes grupos, cada uno con su ideología, con sus instituciones, con sus intereses, ha llevado y lleva a pensar repetidas veces en el acuerdo tácito de una y otra prepotencia para dejarse un margen de actuación. No se puede condenar la invasión de Checoslovaquia y santificar la guerra de Vietnam o la intervención de los marines en Santo Domingo; si las potencias echan leña al fuego en Biafra, no pueden condenar ni lo de Hungría, ni lo que pueda pasar mañana en Rumania, Yugoslavia u otro país cualquiera. Si Rusia cierra los ojos allí donde la influencia americana la garantiza el *napalm*, Estados Unidos tiene que cerrarlos cuando los tanques del Kremlin, confundiendo el Museo Nacional de Praga con el lugar donde operan las emisoras, lo cañonean. El Pacto de Varsovia es al O. T. A. N. como el C. O. M. E. C. O. N. es al Mercado Común; el expolio ruso de los países del Este europeo no es muy extraño a la situación que crea el capitalismo americano en otros países del «mundo libre».

Algo es evidente, pese a todo; y es que Europa, sin la defensa americana, no es nada; la utopía gaullista de la Europa desde el Atlántico a los Urales bien puede ser, pero se ha visto cómo: *la Europa rusa desde el Atlántico a los Urales*. Todo estriba en saber cuáles son los puntos sagrados que no permitirían los americanos a los rusos tocar, y al contrario. Es muy molesta

y muy onerosa la dependencia de los bloques para la defensa, y cabe preguntarse: ¿No estarán ellos sacando a propósito beneficio de tal dependencia?

Cuando la situación en Oriente Medio se torna cada día peor, cuando con la guerra de Vietnam coincide ya la de Biafra, cuando se invade Checoslovaquia y se amenaza con otras invasiones, invocando argumentos, derechos y doctrinas inexistentes; cuando se hace la guerra y se habla de la paz, cuando los rusos mencionan el revanchismo alemán y ellos aplastan a sus aliados; y cuando Estados Unidos deja correr ríos de sangre y fuego ante unas elecciones, ante la integración de las gentes de color o ante cualquier otro problema, es preciso cerrar todas las puertas al optimismo.

Al grito de «american go home» puede equipararse el de «Russkii idiete domoi», y no sólo rusos, sino asiáticos, como se les ha escrito en Praga. Los soldados rusos, sorprendidos, pues creían que iban a sofocar una verdadera contrarrevolución, recibían de la población mensajes como éste:

«Tenemos una gran experiencia del militarismo alemán y somos capaces de defender nuestras fronteras occidentales por nosotros mismos. Hoy día consideramos vuestra llegada como contraria a nuestros deseos, a diferencia de vuestra intervención liberadora en 1945. Os rogamos no inmiscuirnos en nuestros asuntos internos. Vuestra intervención en nuestro país podrá desembocar en una tragedia inmensa.»

Resta ahora por hablar de la influencia que tendrán estos acontecimientos en el mundo comunista en general, pero sobre todo en el mundo comunista satélite de Moscú.

China es posible que utilice para su propaganda este corte en flor de las libertades checoslovacas, aunque hasta ahora los checoslovacos, tanto como los rusos, eran atacados de revisionistas.

Chou En-lai ha declarado al respecto:

«Puesto que el imperialismo americano ha reconocido que Checoslovaquia y el resto de la Europa Oriental están en la zona de influencia del revisionismo soviético, la condición recíproca es naturalmente que el revisionismo soviético reconozca que el Medio Oriente, el Vietnam del Sur y el resto del Sudeste asiático son Estados de la zona de influencia de los Estados Unidos. Y no hay sombra de duda respecto a que el revisionismo soviético continuará traicionando a los pueblos árabes y vietnamita.»

Respecto a la intervención de Rusia en Checoslovaquia, ha dicho el ministro chino:

«Es un hecho que será condenado por la historia»... «la pandilla revisionista checoslovaca ha tenido que ponerse de rodillas y capitular.»

El primer ministro de Vietnam del Norte, M. Phan van Dog, ha dicho refiriéndose a las recientes conversaciones de Moscú:

«Está claro que algún peligro serio amenazaba a la Checoslovaquia socialista. Los imperialistas americanos y los revanchistas de la Alemania Occidental se inmiscuyen febrilmente en los asuntos checoslovacos, en combinación con los contrarrevolucionarios, para hacer de Checoslovaquia un país capitalista dependiente del Occidente, constituyendo así un peligro para los países del Pacto de Varsovia y para la paz europea y mundial.

La amenaza que se cernía sobre la propia Checoslovaquia ha exigido que la Unión Soviética y otros cuatro países socialistas tomaran medidas, incluido el empleo de la fuerza armada, a fin de anular la intervención de los imperialistas americanos, de los revanchistas alemanes, cómplices de los contrarrevolucionarios checoslovacos.»

Vemos la diferencia de dictamen sobre la intervención rusa de dos partidos, comunistas y asiáticos, pocas veces, como en ésta, en desacuerdo.

Las divergencias entre Belgrado y Bucarest, de un lado, y Sofía, sostenida por Moscú, se recrudecen en los Balkanes ante los sucesos de Praga, y así, después de la ocupación de Praga, la prensa búlgara ha intensificado sus ataques contra el revisionismo yugoslavo, el nacionalismo rumano y el contrarrevolucionarismo checoslovaco, a la vez que sacan de nuevo a la publicidad sus reivindicaciones sobre Macedonia, queriendo justificarlas y avalarlas ideológicamente.

En Rumania causan temor los rumores de concentración de tropas rusas en la frontera. Recientemente, en un discurso, Ceausescu ha expuesto la política de su partido y de su Gobierno, y ha dicho entre otras cosas:

«No podemos comprender cómo tal comportamiento puede conciliarse con nuestra ideología y nuestra concepción científica de la vida

y del mundo. Los teóricos, que se arrojan el derecho de pronunciar hoy día las sentencias definitivas, según el principio "El marxismo soy yo", pertenecen más bien a la época de Luis XIV, que decía: "El Estado soy yo".»

Ya al principio, el Partido Comunista Rumano hizo público un comunicado del Comité Central en el que se abogaba por una solución pacífica, pero que condenaba a la vez toda intervención.

«... Considera [el Comité Central del Partido] como de la más alta importancia la retirada de Checoslovaquia de las fuerzas armadas de cinco Estados, asegurando así la plena manifestación de la independencia de la República socialista checoslovaca y el ejercicio por el pueblo checoslovaco de las prerrogativas inalienables de la soberanía nacional...» «... En nombre de todo nuestro partido, del pueblo rumano entero, en el espíritu de la fraterna amistad rumano-checoslovaca, el Comité Ejecutivo expresa a los comunistas de Checoslovaquia, a los pueblos checo y eslovaco sus sentimientos de simpatía, de apoyo y de perfecta solidaridad internacional.»

Tirana ha reaccionado con una violencia enorme a los acontecimientos de Praga, y su prensa y radio no deja de criticar la actitud del revisionismo ruso, en acuerdo con los revisionistas checoslovacos, para salvar su propia posición en detrimento del pueblo checoslovaco y de la causa de la paz y del socialismo, calificando la invasión de las tropas de «acto fascista» y «agresión bárbara».

La postura húngara es de plena aceptación de los directrices rusas, y en Polonia, Gomulka, en una entrevista mantenida con los periodistas, ha repetido los tópicos de contrarrevolución, alimentada por la gran cantidad de turistas alemanes que acuden a Praga, justificando la intervención porque los checos no han tenido en cuenta los compromisos contraídos en Bratislava, porque los elementos fieles al comunismo habían sido atacados y expulsados en masa de sus trabajos.

Ulbricht es el menos indicado para poner impedimentos o para criticar la intervención rusa en Checoslovaquia, puesto que la Alemania Democrática no vive más que por obra y gracia de Moscú; por tanto, ya la prensa,

la radio y los propios dirigentes se han manifestado de acuerdo con las opiniones de Hungría, Polonia y Bulgaria.

En resumen, la crisis significa que no sólo siguen pérdidas—aún más pérdidas—Rumania y Yugoslavia y la irrecuperable Albania, sino también Checoslovaquia, pues la población, que es a última hora quien tiene la palabra para aceptar plenamente un sistema, no perdonará fácilmente esta intervención; igualmente la población de Hungría no puede haber olvidado los trágicos días de 1956; la propia población de Polonia, si fuera preguntada, contestaría con simpatía por los checos.

En el fondo habrá un nuevo resquebrajamiento de la autoridad rusa y un mayor deseo de acercamiento a Occidente. Las campanas están doblando ya por el comunismo al estilo ruso, quien, cada vez, tendrá que hacer esfuerzos más denodados para mantenerse y mantener a los aliados por la fuerza; pero ni ésta puede durar siempre, ni siempre los países pueden estar en situación de soportarla.

A la Primavera en Checoslovaquia ha seguido un verano de fuego, que dejará paso a un otoño decadente, a una pérdida de entusiasmo en la Europa Oriental que no hará sino alimentar el deseo de relacionarse con la Europa Occidental, saltando por los viejos mitos, creados, mantenidos y exagerados por muchos años de propaganda.

GREGORIO BURGUEÑO ALVAREZ.